

QUERERTE  
*así*

A close-up, high-contrast portrait of a man's face, focusing on his eyes. He has striking, bright blue eyes and dark, well-defined eyebrows. The lighting is dramatic, with deep shadows on the sides of his face, making his eyes the central point of focus. The background is dark, creating a moody and intense atmosphere.

BELA MARBEL

Jeremy y Roxie deciden separar sus vidas definitivamente, pero cuando tiran cada uno de un lado de la cuerda, lo que hacen es apretar cada vez más el nudo que los une.

«—Nos hemos hecho mayores, la vida nos ha guiado hacia lugares diferentes haciéndonos seguir el mismo camino, pero ya no, yo me paro aquí.

»La decisión ahora ha sido mía, voy a dejarla libre, aunque me cueste la felicidad. No podemos seguir destrozándonos la vida. Ya ni siquiera nos reconocemos al mirarnos.

»Sería más fácil si cada vez que cierro los ojos no me quemara su piel».

La pasión es lo primero que deben aprender a controlar, pero es difícil en un mundo plagado de traiciones, dinero, abusos y luchas de poder. Un mundo que deberán volver a construir.

«—Me ha dejado.

»Sí, ya sé que es lo que yo quería, pero es que siento que me voy a morir.

»En el fondo siempre tuve la esperanza de recuperar al hombre que fue, siquiera a una pequeña porción de él.

»Sigo teniendo sus manos tatuadas en mi piel».

¿Conseguirán deshacer el nudo sin romper la cuerda?

*A Cheny Ace, por ayudarme a espantar mis miedos.*

## Capítulo 1

### *La loba celta*

Ahí estaba él, entrando en el bar como si fuera su propia casa. En parte lo era; había pagado el local. Igual de alto y de intimidante que cuando lo conoció, si acaso, las arrugas que adornaban las esquinas de sus ojos azules lo convertían en alguien más peligroso.

Esos mismos ojos azules e intensos que se clavaron en su alma hacía ya tantos años, y que le impedían marcharse y olvidarse definitivamente de él. Odiaba y amaba a partes iguales la forma en la que todo desaparecía a su alrededor cuando la miraba, era como si la absorbiera el centro de un tornado.

Pensaba que con el tiempo sería más fácil resistirse a la atracción física que ejercía sobre ella, ese hombre al que había conocido como a sí misma y que, en ese momento, le parecía un completo extraño. Por alguna razón, le resultaba imposible dejar de amarlo.

Lo vio acercarse hasta la barra y hacer una señal a los gorilas que habitualmente le dejaba en el bar «para cuidarla», decía él. Sí, era raro, pero es que, para Jeremy, ella seguía siendo su esposa, ella lo sabía, se lo había oído decir infinidad de veces. Su amiga Nat le había dicho que era retorcido e incluso enfermizo, algo con lo que debería terminar. La verdad era que le venía bien la seguridad y le gustaba mantener ese lazo de unión. Sabía que de ese

modo no avanzaría nunca, tal y como le recordaban Nat y Doble M, pero, a pesar de que habían pasado varios años desde que decidió separarse de él, aún no estaba preparada para dejarlo marchar.

Los gorilas comenzaron a decir a la gente que era hora de cerrar, ella miró el reloj en la pared, eran casi las doce de la noche, hora a la que terminaba entre semana. Devolvió la vista al vaso que estaba repasando con un trapo, intentando aislarse de lo que sucedía a su alrededor.

–Loba –Jeremy pronunció su apodo indio, sentándose en el taburete que quedaba frente a ella.

–Como habrás notado, estoy cerrando. Deberías irte – le recriminó Roxie.

–Tenemos que hablar –exigió él.

–No, te equivocas, no tenemos nada de lo que hablar.

–Se giró para dejar el vaso en la estantería.

–Si no quieres hablar, no hablaremos.

No sabía por qué, pero algo en la voz de Kawosa la hizo detenerse. Había sonado a amenaza.

Escuchó un sonido y, antes de poder darse la vuelta, lo sintió pegado a su espalda. Su ancha mano le cubría el estómago pegándola a él por completo.

El conocido aliento cálido que emanaba de su boca le rozaba la oreja haciendo que su piel se tornara hipersensible. Se permitió cerrar los ojos por un instante, disfrutar de la conocida fuerza de su abrazo, y fue un error. Jeremy le agarró la mandíbula con la otra mano y movió su rostro hasta encontrar los labios. Los mordió, succionó y lamió, dejándola aturdida. La giró entre sus brazos y la subió a la barra, se coló entre sus piernas sin dejar de besarla y tocarla.

Así era él, lo ocupaba todo siempre, la devoraba por dentro y por fuera, hacía crecer el fuego en ella y la llevaba hasta el borde de sus fuerzas, deseando más y más, permitiéndole apoderarse por completo de su voluntad.

–Esta vez será diferente –le advirtió.

—No, no lo será, lo haremos y te marcharás a tu vida hipócrita. —Roxie le sacó la camisa de los pantalones, mientras le advertía con la mirada que nada había cambiado.

—Me va a encantar mostrarte lo equivocada que estás — le aseguró él a la vez que la alzaba cogiéndola con un brazo por la cintura.

—Jefes —les interrumpió uno de los de seguridad—, nos vamos, dejaremos cerrada la puerta principal.

Jeremy gruñó en respuesta y llevó a Roxie hasta la mesa de billar, una vez la tuvo tumbada le arrancó los pantalones de piel. Posó su mano sobre la delicada tela de encaje que cubría su pubis y coló dentro sus dedos por el lateral.

La caricia la hizo derretirse casi literalmente, se impregnó con los fluidos de la excitación y él los repartió por toda la zona. Le quitó las braguitas con delicadeza y se las metió en el bolsillo.

Le subió los pies a la madera que bordeaba la mesa y se arrodilló ante ella.

Su lengua hizo el mismo recorrido que habían hecho antes sus dedos, lamió con hambre y la hizo sentir como solo él sabía. Le agarró las caderas con fuerza, obligándola a mantenerse quieta ante la invasión de su pérfida lengua. Clavó los dedos proporcionándole una sensación entre el dolor y el placer que la hacía evadirse por completo.

Sentía un vacío enorme en su interior, necesitaba que él lo llenara, seguía notando cómo la inmovilizaba y apretó más fuerte hasta que consiguió elevar las nalgas, él abrió por completo la boca y la succionó con fuerza, terminando con un mordisco que la hizo gritar. Roxie le cogió la cabeza entre las manos y se dejó ir entre convulsiones cegadoras que la llenaban y a la vez la vaciaban por completo.

Jeremy se alzó sobre ella, cuando aún los últimos temblores del orgasmo la tenían obnubilada. Le agarró los brazos y se los subió por encima de la cabeza.

Le sujetó las muñecas con una sola de sus manos, mientras que con la otra se abría los pantalones para liberar su erección hambrienta de ella.

La llenó por completo, se movió con una cadencia infernal. Roxie solo podía sentir, no pensaba, no razonaba, en ese momento era más que nunca la Loba, y él era Kawosa, su coyote; inteligente y malo. Irresistible.

Sentía la espalda pegada al tapiz de la mesa por el sudor, el aroma de Jeremy la envolvía por completo, no hacía tanto que lo habían hecho por última vez, pero siempre era capaz de mandarlo al infierno después, aunque reconocía que cada vez le costaba más.

—Córrete —le ordenó él—, hazlo o moriré.

Ella le exigió con el movimiento de sus caderas que aumentara el ritmo de las embestidas y gritó al sentir un nuevo orgasmo. Aún más arrollador que el primero, más cruel e intenso.

Y gritó, como si terminara el mundo, como si esa fuera su última vez juntos.

Jeremy la acompañó en la caída a los infiernos, porque eso era. Cada vez que hacían el amor se inundaban el uno del otro, y después la despedida era cada vez más imposible, más agresiva y más llena de rencor. Y aun sabiendo que iba a ser así, no habían dejado de verse en todos esos años, siempre a escondidas, ocultándose de su familia y amigos.

Como si el hecho de no mostrarlo llegara a borrar la realidad de lo patético de sus vidas.

El teléfono de Jeremy sonó.

Jeremy soltó una maldición y dejó caer la cabeza sobre la de ella intentando recuperar la respiración. Tras unos segundos se incorporó, se recolocó la ropa y sacó el móvil del bolsillo trasero de los vaqueros de marca.

Roxie lo observó antes de moverse.

Era alto y fibroso, se parecía a su primo, pero Jeremy era más corpulento y muy elegante, economizaba sus mo-

vimientos al máximo. Nunca un ademán ni un aspaviento de más, ni siquiera una mirada que no tuviera un significado propio. Hablaba con todo el cuerpo; poco pero claro, igual que hacía con las palabras.

—Jeremy Hunter —informó a la persona al otro lado de la línea.

Roxie se incorporó y se arregló como pudo.

—Clare, no es buen momento —le oyó contestar.

Aún le temblaban las manos y ya estaba totalmente arrepentida, como siempre, como cada maldita vez. Se dirigía al baño cuando escuchó el nombre que más odiaba en el mundo. El estómago se le removió, hasta casi hacerla vomitar. Una rabia incontrolable ascendió por sus miembros para ocupar todo el pecho y tomar el control de sus actos. ¿Cómo podía seguir afectándole de esta manera? Ella ya sabía lo que había entre su exmarido y la secretaria, lo que no sabía era por qué ella misma seguía consintiendo ese trío. Tenía que alejarse, era una relación tóxica, había leído mucho acerca de ello, Nat no paraba de recriminarle que no fuera y le arrancara los ojos a la lagarta. Así era Nat; Candy, por otro lado, pensaba que hablando claro se arreglaría todo, y Doble M era más de coger la escopeta.

Ella... ella no sabía lo que estaba haciendo.

Una vez, tan solo una vez se atrevió a preguntarle a Jeremy por su relación con la rubia, la respuesta de él fue mirarla fríamente y dejarla plantada en medio de la habitación en la que pocos minutos antes se estaban comiendo vivos.

—Estoy ocupado. —Oyó una pausa en la que la secretaria le diría algo inapropiado, no podía ver la cara de Jeremy, seguía de espaldas a ella, pero notó la tensión en la espalda.

—Ya no lo estás. ¡Vete! ¡Maldito imbécil! —Le tiró a la cabeza la cazadora que había recogido del suelo.



Él se giró despacio, miró a su mujer a los ojos y repitió, más para Loba que para Clare:

–Estoy ocupado. –Tras lo cual, interrumpió la comunicación.

Jeremy tiró el teléfono a uno de los sofás que amueblaban la parte más oscura del local. Suspiró profundamente y se preparó para encarar a Roxie, esa vez no la iba a dejar salirse con la suya; esa vez, él iba a hablar y ella solo escucharía.

Roxie vio cómo se dirigía hacia ella, paso a paso, despacio, marcando cada metro por el que pasaba como si fuera suyo, como si estuviera al acecho, y así era en realidad.

Sus miradas se enredaron, él avanzaba y ella retrocedía. Algo le decía que esa vez no iba a ganar ella en esa lucha de voluntades que les enfrentaba, desde hacía ya tanto. Roxie consiguió deshacerse de la cuerda invisible que la unía a esos hielos azules de su mirada. Buscó alrededor una forma de escapar y vio la puerta del baño. No quería enfrentarse a lo que fuera que él quería decirle, no después de escuchar cómo la zorra rubia lo llamaba y él dejaba el momento de intimidación que estaban compartiendo para contestarle.

Intentó correr hacia la puerta del baño, pero él fue más rápido. Se vio alzada por una fuerza descontrolada, ella pataleaba, golpeaba, mordía y gritaba, pero Jeremy aguantó hasta que consiguió tumbarla sobre uno de los sofás.

Dejó todo el peso de su cuerpo sobre ella inmovilizándola, notaba que respiraba con dificultad, así es que decidió rebajar un poco la tensión; mal hecho, ella aprovechó para mover la rodilla en impactar contra su entepierna. Debía estar enfermo porque hasta ese juego diabólico le ponía cachondo, lo que hizo que el rodillazo doliera, pero no tanto como para soltarla, la postura se lo había impedido.

Roxie estaba excitada, sabía que se había mojado con la persecución, no sabía por qué, en realidad estaba muy cabreada, lo estaba, y resentida y dolida, pero la atracción entre ambos era igual de retorcida que su relación, eso estaba claro.

–Ahora cállate, me vas a escuchar, aunque tengamos que estar así toda la noche –la amenazó.

–No vuelvas a decirme que me calle, no voy a hacerlo, no puedes obligarme, y no...

La forma en que la calló no entraba en sus planes, otras veces la había besado como en las películas románticas antiguas, o la había excitado tocándola hasta que ella no podía hablar, pero esa vez no.

Con una mano le cogió las muñecas por encima de la cabeza y con la otra le tapó con fuerza la boca. Ella intentó morderle, pero no pudo.

–Si quito la mano ¿me escucharás sin gritar?

Mueve afirmativa o negativamente la cabeza.

Ella lo miró por lo que a él le parecieron horas; en realidad fueron segundos. ¿Se arrepentía de actuar como un animal? No, ya había tenido suficiente paciencia. Si ella no le quería, tendría que reconocerlo y dejarlo ir. No había más tiempo. Sabía que no estaba contenta con la vida que él llevaba ahora, pero no iba a cambiar solo porque ella no estuviera conforme, él era como era, y así tendría que aceptarlo.

Por fin, ella movió la cabeza de arriba abajo. Él relajó la mano poco a poco hasta dejarla libre, y después la besó; dulcemente, despacio y de forma deliberada.

–Te escucharé y después te daré una patada en el culo y te largarás para siempre.

Prometedor... sí, no esperaba menos.

Se decidió a dejarla libre.

Jeremy se levantó despacio, asegurándose de que el olor de sus pieles quedaba mezclado, rozándola con cada movimiento. Se recogió el largo cabello con una goma

elástica y se colocó la camisa, aunque no se molestó en abrocharla. Se dirigió detrás de la barra y cogió un botellín de agua.

—¿Quieres algo? —le ofreció.

—Que te largues con tu puta —contestó ella.

Jeremy suspiró y negó con un gesto de cabeza. Seguía sin comprender por qué Roxie odiaba de tal manera a Claire.

¡Por Dios! No era más que su ayudante, él nunca había mostrado el más mínimo interés sexual por nadie que no fuera la Loba. Se conocían desde adolescentes, siempre habían estado juntos y él nunca había estado con otra mujer. Incluso después del divorcio habían seguido acostándose juntos, y con eso a él le bastaba. Aquello era lo suficientemente complicado como para enredarse en nada más.

Roxie lo vio tragar de la botella; la nuez le subía y bajaba en el cuello, unas gotas se escaparon y dibujaron el contorno de su barbilla prominente, mezclándose con gotas de sudor. Si no fuera tan atractivo... seguro que sería más fácil. No, no lo sería. Tenía los pómulos altos y marcados, la boca grande y fina y los ojos de un azul intenso que apenas lucía pupila; salvo cuando se enojaba o se excitaba. Se la bebió entera de una sola vez y se quedó mirando alrededor, como si buscara algo. Ella esperó pacientemente.

—¿Dónde está el contenedor del plástico?

—Jeremy y sus contradicciones, pensó.

—A tu derecha, la puerta verde.

Tras desechar el envase, Jeremy volvió hacia el sofá. Roxie se había vestido de nuevo, se mantenía en forma, era una mujer fuerte, fibrosa, alta si se comparaba con la media, y ese pelo corto con el flequillo rebelde que le cubría estratégicamente una parte de la mirada... su mente viajó en el tiempo, recordando cuando la había conocido.

Era una chica delgaducha y algo torpe, que adoraba estar al aire libre y que se enamoró perdidamente de su moto.

Aquella vieja Indian heredada de su abuelo.

Juntos habían vivido un sinfín de aventuras, habían conocido el amor, descubierto el sexo, y llenado sus días con fantasías de un futuro juntos. Él todavía no sabía qué le había pasado a ese futuro, no entendía por qué no estaban juntos, y no podía aceptarlo.

Pero era el momento de dar un paso adelante, de seguir con su vida y permitirle a ella seguir con la suya.

Su abuelo había muerto hacía poco, pidiéndoles a él y a Byron que resolvieran su vida. Su primo lo había conseguido, de hecho, estaba reconstruyéndola junto a la mujer que amaba; un amor que había costado incluso vidas. Eso eran problemas de verdad, no lo que la Loba decía, él seguía sin comprender qué era tan terrible para que no pudiesen estar juntos. Al fin y al cabo, seguían estándolo a su manera. Pero se había acabado. Esa noche había ido hasta allí para ponerle fin, o estaba con él o no, pero era todo o nada. No valían medias tintas.

Se sentó a su lado, lo suficientemente cerca como para poder sentirla, pero no tanto como para que sus cuerpos se tocaran; si quería mantener la concentración, debía hacerlo así.

La miró directamente a los ojos. Ella le desafiaba con la barbilla levantada y la oscura mirada llameante, le retaba a continuar con la pelea, pero él ya no quería luchar más.

–Lo dejo –la informó fríamente.

–¿Qué? –preguntó Roxie con una pequeña llama de esperanza naciendo en su pecho.

¿Por fin Jeremy se había dado cuenta de lo que el trabajo en el casino y esa... esa...? Pensó en la palabra que una mujer nunca debe dirigir a otra, y se rio por dentro.

Roxie se apretó las manos esperando una explicación más larga que confirmara sus anhelos, y continuó esperan-

do. Su exmarido no era hombre de muchas palabras, nunca lo había sido, cosa sorprendente teniendo en cuenta que era abogado. Sus expresiones eran pocas, pero contundentes, lo había visto en los juzgados y era igual.

–Ya me has oído –concluyó por fin.

–¿Dejas el casino? –indagó ella sin poder disimular la ilusión en su voz.

–¿Qué? ¿El casino? No. ¿Por qué?

Roxie parpadeó varias veces: ¿era posible que ese idiota no se hubiera dado cuenta a esas alturas de cuál era el problema?

–¿Qué demonios tiene que ver el casino con esto? –preguntó Jeremy con genuina extrañeza.

La respuesta era sí, era posible.

Ahora era ella la que estaba confusa. Si no le hablaba del casino, no sabía a qué podía estar refiriéndose. Se armó de paciencia, respiró hondo y miró hacia el suelo.

–¿Qué es lo que vas a dejar? –preguntó.

–¿Por qué has dicho lo de casino? –insistió él–. Solo dime qué es lo que dejas –le exigió.

Jeremy se levantó del sofá despacio, no podía continuar sentado, nada de lo que decía la Loba tenía sentido para él.

Se acercó hasta una ventana y miró al exterior, apoyó las manos en las caderas y dejó que las palabras que había ensayado frente al espejo fluyeran con soltura.

–Lo nuestro. Lo deajo. Se acabó. Hemos terminado.

No dijo nada más. Se quitó el anillo que seguía luciendo en el dedo y lo dejó sobre el mostrador antes de salir del local.

## Capítulo 2

### *Camino inverso*

El teléfono despertó a Byron sacándolo de un necesario y reparador sueño. Habían pasado dos meses desde que todo acabó y su vida pudo comenzar. El molesto ruido continuaba martilleándole la cabeza, gruñó como si la persona al otro lado de la línea pudiera oírle.

Notó un codo clavarse en sus costillas... qué tiempos aquellos en los que esa mujer le tenía miedo.

–¡Coge el santísimo teléfono! –casi le gritó Candy.

Algunas cosas no cambiaban, finalmente se decidió a estirar el brazo enterrado hasta ese momento bajo la almohada y coger el móvil que descansaba en la mesita de noche.

–¿Sí? –contestó sin mirar quien le llamaba.

–Me ha dejado.

Se sintió aturdido, ni siquiera sabía de qué le estaba hablando la Loba.

–Tendrás que perdonarme si no te sigo. ¿Qué hora es?

–No sé, de madrugada.

–¿Dónde estás?

–En el bar.

–Aún en el bar ¿eh? Bien, repite lo que me has dicho.

–Me ha dejado, Jeremy, me ha dejado.

–Jeremy te ha dejado.

–Sí –afirmó con voz apenas audible.

–Roxie, estáis separados desde hace varios años ya.

–Lo sé.

–Y entonces, ¿qué ha cambiado?

–Que ahora me ha dejado él a mí, me lo ha dicho.

–¿Y no era lo que querías?

–Supongo que sí.

–Pero...

–Nada. En realidad, debería sentirme agradecida.

–Parece que no es así.

Byron notó un movimiento en la cama y escuchó un suave llanto. Su hijo se había despertado y, ya que estaba, pediría comer, en cuestión de segundos el suave murmullo se convertiría en algo parecido a la tercera guerra mundial.

–Encárgate de tu familia, yo...

–¿Estás bien?

–Supongo que sí. Sí, sí, estoy bien.

Byron oyó el monótono tono de corte en la línea, dejó el teléfono, se levantó, se puso el pantalón del pijama y se dirigió al cuarto del bebé.

Vio a Candy sentada en la mecedora con Angel en sus brazos, mamaba plácidamente.

–¿Quién era? –le preguntó Candance.

–La Loba, parece que mi primo la ha dejado.

–No me lo puedo creer –le contestó ella.

Byron se sentó a los pies de la mecedora disfrutando del momento de intimidad y absoluta dependencia de su hijo y su mujer. Cogió uno de los pies de Candy y comenzó a darle un suave masaje.

–Hum, qué gusto.

–No es tan raro, al fin y al cabo, están separados.

–¡Ja! Jeremy nunca ha creído en eso y, puesto que Roxie sigue por aquí y dejándole hacer, supongo que ella tampoco.

–Es posible. Mi primo no renuncia fácilmente a lo que quiere o tiene. Si ha decidido renunciar a ella quizá sea lo